

UNA CRÍTICA MARXISTA DEL ORDEN SOCIAL CAPITALISTA*

HARRY MAGDOFF**

ESTE estudio único y notable, con el subtítulo de “un ensayo sobre el orden económico y social norteamericano”, merece la más cuidadosa atención por ofrecer un punto de partida radical en el análisis económico. Los autores no son nada tímidos al identificar los orígenes marxistas de su pensamiento. Pero no se trata de un nuevo *El Capital* en vestimenta moderna. En vez de eso, se nos brinda una revaloración audaz, independiente y crítica de la sociedad capitalista actual. Esta revaloración se funda en un estudio cauteloso de los cambios económicos y sociales en los Estados Unidos del siglo veinte, en que se utilizan algunos de los adelantos teóricos de la teoría económica marxista (especialmente, la teoría keynesiana y la teoría de la concurrencia monopolística), interpretada en la perspectiva del enfoque histórico y orgánico marxista de la estructura y el cambio sociales.

Probablemente el contraste más impresionante entre esta obra y la corriente principal del pensamiento económico surge de las diferencias en la forma en que se consideran las paradojas de la sociedad capitalista. El análisis convencional tiende a hacer abstracciones a partir de las paradojas aparentes y al buscar la racionalidad de las relaciones económicas presume una armonía subyacente en la sociedad racional. Además, fenómenos como los de las guerras, el militarismo, el imperialismo, el racismo y, hasta a veces la pobreza en medio de la abundancia en general son considerados solo como temas para la investigación especializada y con preferencia son relegados a las esferas de la ciencia política y de la sociología: tales “accidentes” exigen ser abstraídos para poder integrar una teoría económica general satisfactoria. En la medida en que los economistas se preocupan de las

* Publicamos otra reseña del libro de Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *Monopoly Capital*, New York and London, Monthly Review Press, 1966, pp. x-402. El título de este artículo ha sido dado por la Revista de Ciencias Sociales. Traducción del inglés por José Emilio González.

** Profesor de Economía en The New School for Social Research.

normas políticas en tanto afectan la economía, propenden a adoptar supuestos similares con respecto a la armonía básica potencial de los intereses políticos, en la creencia de que a la larga las decisiones políticas pueden arraigarse en la lógica de una teoría económica, que a su vez, se supone es congruente con el interés nacional en abstracto.

Los autores de este libro parten, de un haz de premisas diametralmente opuestas. Concentran su atención teórica sobre las paradojas de la economía, especialmente, al parecer, sobre las tensiones que acompañan, por un lado, una tendencia hacia el estancamiento y, por el otro, los avances masivos en la tecnología y en la productividad. El militarismo, el racismo, el despilfarro, la pobreza y las "irracionalidades" específicas culturales no son visualizados como aberraciones sino como factores integralmente relacionados con la estructura y el comportamiento de la economía. En forma semejante, los conflictos de interés dentro de la nación y en una escala internacional son considerados como elementos principales y característicos de la dinámica de la sociedad. De esta guisa, Baran y Sweezy no descarnan las paradojas y rasgos "especiales", de la sociedad actual al realizar su abstracción teórica, pues estos son los mismos aspectos de la realidad social y económica que, según ellos insisten, requieren explicación sistemática y teórica.

Este contraste entre el análisis de Baran y Sweezy y el análisis convencional involucra algunas cuestiones pertinentes sobre el alcance y el método de la teoría económica, campo que los economistas norteamericanos suelen negarse a explorar en algún sentido fundamental, no obstante su experiencia con la revolución keynesiana. Tal vez sea esta falta de interés en la metodología la que provoca tal sorpresa entre los científicos sociales norteamericanos cuando descubren el intenso interés en el pensamiento marxista que revelan, por ejemplo, los economistas japoneses y muchos economistas de los países subdesarrollados. Tal sorpresa puede explicarse en parte por el hecho de que los teóricos concentran en el perfeccionamiento de las técnicas de análisis y en la construcción de modelos cada vez más precisos mientras que no se ocupan de estudiar la relación de esos modelos con sus supuestos y la relevancia de las cuestiones que estos modelos están destinados a contestar con los problemas de nuestro tiempo. Mientras que los economistas de otros países puede que estén intrigados con los virtuosismos técnicos de la teoría tradicional de Occidente, también están conscientes de la necesidad de que dé respuesta a otras cuestiones, y, por ende, de la necesidad de otros tipos de análisis económicos a la luz de su propia historia y de la naturaleza de los problemas a los que tienen que hacer frente. La apariencia del

conflicto entre teoría y realidad es más chocante en los países subdesarrollados: sus problemas más urgentes tienen que ver con cambios drásticos en la estructura económica y en la asignación de recursos, mientras que la teoría tradicional, tanto estática como dinámica, se arraiga en supuestos sobre una estructura económica dada y en los ajustes armoniosos de una dada distribución de recursos.

Por su parte, Baran y Sweezy no reclaman universalidad alguna para su teoría. Creen que la eficacia de su análisis se realiza porque sus interrogantes se dirigen a los rasgos distintivos del capitalismo contemporáneo en la forma que ha asumido en los Estados Unidos. Al examinar las características históricas, buscan una explicación de lo que ven como una tendencia crónica a no hacer uso completo de los recursos en una etapa avanzada de desarrollo industrial tendencia que identifican como un rasgo característico y decisivo de la evolución económica norteamericana en este siglo. El nivel de abstracción es, por lo tanto, de un orden asaz diferente al de la economía convencional. Y mientras que faltan las construcciones elegantes y teóricamente ordenadas que son posibles en virtud de los modelos basados en los supuestos "no-históricos" más comunes en un elevadísimo grado de abstracción, la tesis de Baran y Sweezy tiene la ventaja de inaugurar un nuevo rumbo de investigaciones que pueden ampliar, en modo significativo, la comprensión de la realidad actual.

El rasgo histórico específico que, de acuerdo con los autores, exige un nuevo punto de partida para el análisis es el predominio del monopolio. (Se usa "monopolio" en el sentido de incluir el oligopolio tanto como el monopolio). Este predominio se ha vuelto tan afín a la conducta económica que enfocar el monopolio como un caso especial del modelo concurrente lleva a una reconstrucción teórica fragmentaria, incoherente e inadecuada de la realidad. Y de acuerdo con el mismo razonamiento, la unidad económica típica ya no es la empresa comercial dando tumbos bajo el impacto de las fuerzas del mercado, sino "una empresa en gran escala que rinde una parte significativa de la producción de una industria o hasta de varias industrias y que es capaz de controlar sus precios, el volumen de su producción y los tipos de cantidades de su inversión". (pág. 6).

El punto focal se halla entonces sobre la gran corporación, como centro del poder económico y de las decisiones. Además, se considera a la unidad económica típica como la corporación controlada por una gerencia interna auto-perpetuante. Mientras que las grandes acumulaciones de riquezas por individuos y familias son fuentes de poder potencial, el ejercicio de este poder, exige en el caso típico, la entrada actual en los pasillos de las oficinas ejecutivas de las corporaciones.

La corporación busca y en general logra la independencia financiera por medio de la generación interna de fondos que permanecen a la disposición de la gerencia. Baran y Sweezy rechazan las alegaciones de que esta nueva forma de organización económica modifica en ningún sentido fundamental el principio guía de la operación de los negocios, o sea el principio de lograr hasta el máximo los beneficios. Sin embargo, introduce, además de la capacidad de controlar los precios, lo siguiente: (a) una perspectiva temporal más prolongada para lograr el máximo de beneficios, (b) la reducción de los riesgos que se corren, y, (c) un grado de acomodo entre los aristócratas del mundo corporativo.

La posición central de la corporación y su modo de comportarse lleva a un grado más alto de provecho lucrativo como el nuevo factor distintivo en lo que los autores llaman el capitalismo de monopolio. Por implicación aceptan la idea marxista de una tendencia a una tasa declinante de beneficios y con ella una tendencia a un porcentaje declinante de ganancias (o la magnitud más amplia, plus valía) en la renta nacional, pero sólo si esta tendencia se restringe a circunstancias donde predominan las condiciones de concurrencia. En circunstancias de monopolio, tres rasgos del poder corporativo introducen una desviación radical en las relaciones de estas tres categorías. El alza potencial en los beneficios como una porción todavía más grande de la renta nacional puede ser trazada al efecto combinado de tres factores: (1) la capacidad de la corporación para controlar los precios, (2) el esfuerzo por reducir los costos como condición para alcanzar el máximo de beneficios, y, (3) la naturaleza de la concurrencia en ausencia de precios competitivos en las industrias de bienes para los productores como estímulo persistente a la reducción de los costos. Sin embargo, esa alza potencial crea un nuevo haz de problemas económicos y en el proceso de ajustarse a estos problemas, las ganancias son encauzadas hacia otros canales. De ahí que esta tendencia deba ser enfocada en el contexto más amplio del excedente social.

El excedente económico para la sociedad como un todo es definido como la diferencia entre el producto total y los costos socialmente necesarios de producir ese producto total. Con esta categoría, los autores quieren separar los requisitos técnicos de la producción y reproducción de bienes y servicios de aquellos desembolsos que constituyen una función de la organización económica y social y de las relaciones de propiedad de esa organización. De ahí que incluyan en el excedente no sólo el ingreso debido a la propiedad, sino también los costos de vender, anunciar y fomentar los gastos en los campos de bienes raíces, finanzas, seguros, especulaciones con valores de la bolsa y con mer-

cancías y los gastos del gobierno. No se realiza intento alguno de formular una definición rigurosa de este concepto, ni se ofrece una teoría de salarios que serviría para fijar los límites de los costos socialmente necesarios de la producción. En verdad, uno podría preguntarse si tal precisión es posible a causa del grado de interpretación de los costos del excedente y de la producción: por ejemplo, el efecto de los anuncios. (Joseph D. Phillips hizo una interesante investigación de las dimensiones cuantitativas de este excedente, dentro de los límites de los datos disponibles y del alcance de la definición. Esa investigación se presenta en un apéndice. Los cálculos derivados para el período de 1929-1963 tienden a respaldar el argumento en favor de una tendencia alcista por parte de una porción relativa del excedente).

No cabe duda de que los autores creen que tal falta de precisión es un factor menor en vista del poderío que como instrumento de análisis tiene el "excedente económico" aun definido *grosso modo*. De hecho, el análisis de la generación y la absorción del excedente es el tema central de este volumen y es fundamento de su unidad esencial. La razón para ello se encuentra en su análisis, en el cuarto capítulo, de la disparidad entre alza del excedente y las desembocaduras (*outlets*) disponibles para usar este excedente dentro de las limitaciones impuestas por la estructura económica y el comportamiento funcional necesario de las unidades económicas. El *leitmotiv* es una reafirmación de la tesis del estancamiento, dentro del marco de su análisis: "...el capitalismo de monopolio es un sistema que se contradice. Propende a generar más excedente, y, sin embargo, no logra proveer las desembocaduras para el consumo y la inversión exigidas para la absorción de un excedente en alza y, por lo tanto, para el buen funcionamiento del sistema. Puesto que el excedente que no puede ser absorbido no será producido, se sigue que el estado *normal* de la economía capitalista del monopolio es el estancamiento. Con un surtido (*stock*) dado de capital y una estructura dada de precios y costos, la tasa de funcionamiento del sistema no puede subir más allá del punto en que la cantidad de excedente producido pueda hallar las desembocaduras necesarias. Y esto implica que los recursos humanos y materiales disponibles no serán crónicamente utilizados hasta su plenitud... El sistema tiene que funcionar en un punto lo suficientemente bajo de su itinerario de beneficios como para no generar un excedente mayor que el que pueda ser absorbido. Puesto que el itinerario de beneficios (*profitability schedule*) siempre se mueve hacia arriba, hay un movimiento correspondiente hacia abajo de la tasa funcional de "equilibrio". Si se le dejara

solo... el capitalismo de monopolio se iría hundiendo más y más en un pantano de depresión crónica" (pág. 108).

Como únicas alternativas a la depresión crónica, dentro de los límites de la estructura económica existente, se presentan la creación de mercados y de la demanda por los negocios y el gobierno. En lo que concierne al mundo de los negocios, la absorción de parte del excedente se logra mediante la desviación de los beneficios potenciales encauzándolos hacia los empeños gigantescos de anunciar y vender. Las organizaciones monopolistas sienten mucho más simpatías hacia estas prácticas que hacia la reducción de precios. Se sostiene que tales actividades no sólo influyen los patrones de gastos de los consumidores sino que también generan nueva demanda como resultado de lo siguiente: a) el estímulo de mercados para nuevos productos, b) la creación deliberada e indirecta del despilfarro, c) los gastos directos en recursos económicos, y, d) los efectos multiplicadores de tales desembolsos.

La actividad del gobierno también provee una nueva dimensión de la absorción del excedente, puesto que sube la demanda efectiva ya sea por medio del efecto multiplicador de un presupuesto equilibrado o por gastos debido al déficit. De esta manera, los gastos del gobierno son considerados como algo que se agrega al excedente y no como una reducción que, de otra manera, estaría disponible para el uso particular, puesto que gran parte del excedente no sería producido si faltara la capacidad absorbente de los cauces privados. Aunque tales desembolsos puedan ser útiles, Baran y Sweezy trazan los límites probables de los gastos oficiales, con fines civiles, a la estructura de poder del control político. Los grupos de poder que controlan están listos para utilizar los desembolsos gubernamentales a los fines de fortalecer los intereses privados y para ayudar a mantener el consenso subyacente y las componendas que se consideran útiles o necesarias a la estabilidad social. Sin embargo, inevitablemente han de surgir restricciones a los gastos cuando estos llegan a cierto punto o afectan a las esferas que son hostiles a la seguridad y a la gananciosidad de las inversiones particulares más influyentes.

El potencial para gastos militares es mucho menos restrictivo. Este "absorbedor de excedente" da la mayor flexibilidad y es de hecho un pilar importante de la prosperidad que ha seguido a la Segunda Guerra Mundial. Tales desembolsos producen excelentes oportunidades de lucro para la industria. Pero su pertinencia puede ser bien apreciada sólo en términos del carácter internacional de la economía norteamericana, las necesidades que emergen del funcionamiento de corporaciones multinacionales y los objetivos económicos y políticos

de contener, sino de destruir, los sistemas socialistas rivales. De ahí que los desembolsos militares sean visualizados no como un recurso contracíclico sino como un ingrediente esencial del proceso económico y político. No obstante, aquí también uno puede tropezar con límites a la capacidad absorbente en el futuro cercano. El producto militar cambia en su composición y esto exige mayores gastos para la investigación y el desarrollo, menos para la mano de obra y los materiales y una reducción, por consiguiente, en el impacto económico de los gastos armamentistas. Además, el almacenamiento también puede ser auto-limitante en vista de la naturaleza misma de las armas.

La construcción teórica que hemos bosquejado también se estudia contra el telón de fondo de los diversos patrones de crecimiento y de falta de crecimiento, desde las últimas décadas del siglo diecinueve, es decir, desde que el monopolio comenzó a aparecer como un rasgo distintivo. El efecto principal del recorrido histórico es elucidar la fuente de dos fuerzas opuestas al estancamiento durante todo el período del "capitalismo de monopolio": 1) el crecimiento de los ferrocarriles y del automovilismo como innovaciones que hacen época, y, 2) las guerras y sus secuelas.

Los últimos tres capítulos del libro están dedicados a temas que, con escasas excepciones, constituyen territorio virgen para los economistas: relaciones raciales, pobreza, educación, delincuencia juvenil, divorcio y otros aspectos que son aplicables si uno desea evaluar la cualidad de una sociedad. La osadía con que los autores penetran en estos campos responde a una de sus premisas principales: la forma en que el excedente es absorbido surte un efecto decisivo sobre los rasgos cualitativos de la sociedad, y, a la inversa, los patrones sociales y culturales heredados influyen y reducen la gama de alternativas disponibles para la absorción del excedente. El atrevimiento de su concepción se hallaría también influido por su disposición como socialistas a identificar las irracionalidades de la sociedad a la que hacen frente y a enfocarlas como parte de un proceso histórico.

Este libro está pletórico de nuevos puntos de vista sobre el funcionamiento de nuestro orden económico y social. Es una contribución notable también porque nos reta a pensar de nuevo un haz de ideas aceptadas, ideas que se han alojado en tal forma en el espíritu que uno las trata como si fueran verdades evidentes, a pesar de su conflicto con la realidad. Pero la teoría misma de Baran y Sweezy necesita todavía mucho desarrollo y mucha verificación. Por ejemplo, el concepto de excedente económico exige mayor resolución si es que va a convertirse en una herramienta eficiente de análisis. También se nece-

sita una definición más clara del contenido del concepto de costos socialmente necesarios, y, además, poner en claro las categorías estratégicamente diversas del excedente, como excedente potencial y actual.

Aún más. No se ofrece explicación alguna del alcance posible o del grado de flexibilidad del excedente generado en circunstancias de monopolio. La cantidad de excedente, actual o potencial, descansa, al fin y al cabo, sobre la productividad técnica: mientras más alta la productividad de la mano de obra y del equipo, mayor es el margen entre producción y costos. Los autores no sostienen que la tasa de aumento de productividad sea mayor bajo el monopolio que bajo la concurrencia "libre". Por consiguiente, el argumento en favor de un alza relativa del excedente depende no del desarrollo tecnológico sino de los cambios institucionales en virtud de los cuales se genera el excedente. Entonces, ¿hay límites a la cantidad de excedente que puede ser creado? Parecería que la frontera inferior estaría afectada por la presión hacia arriba de los costos socialmente necesarios, área que en sí misma necesita más análisis. En el extremo superior, sería de esperarse una frontera definida por el potencial de producción: no las posibilidades técnicas de producción de una sociedad planificada sino aquellas que utilizan la estructura industrial dada a una tasa aceptable de beneficios para los empresarios.

Una vez que se penetra en esta zona del análisis, surgen otras cuestiones sobre los límites interiores de la generación del excedente por medio del intenso esfuerzo de venta, con una distribución dada del ingreso. Después de todo, la expansión del crédito para los consumidores a la postre está limitada por el volumen de renta del consumidor y el efecto multiplicador (que) se agota. Esta perspectiva de investigación de la dinámica de la creación del excedente también podría generar una percepción más clara de las potencialidades de la creación del excedente por el gobierno. Como se indicó arriba, los autores señalan que la causa de que el gobierno limite sus gastos con propósitos civiles se halla en la oposición de los grupos de poder que protegen sus derechos de propiedad y los derechos de aquellos recursos que les producen entradas. ¿No podría pensarse, acaso, que haya otros factores significativos si el potencial de expansión del excedente es relacionado, al fin y al cabo, con las posibilidades de producción y de lucro de la estructura industrial existente? Hay otras áreas que parecen ser muy pertinentes si se va a desarrollar y someter a prueba la tesis de Baran y Sweezy, como las que a renglón seguido mencionamos: el papel del crédito y de las especulaciones en la expansión y estrechamiento del excedente y la relación entre los Estados Unidos

como banquero mundial, el dólar como moneda corriente internacional, las dificultades en la balanza de pagos y el carácter internacional de la economía de los Estados Unidos.